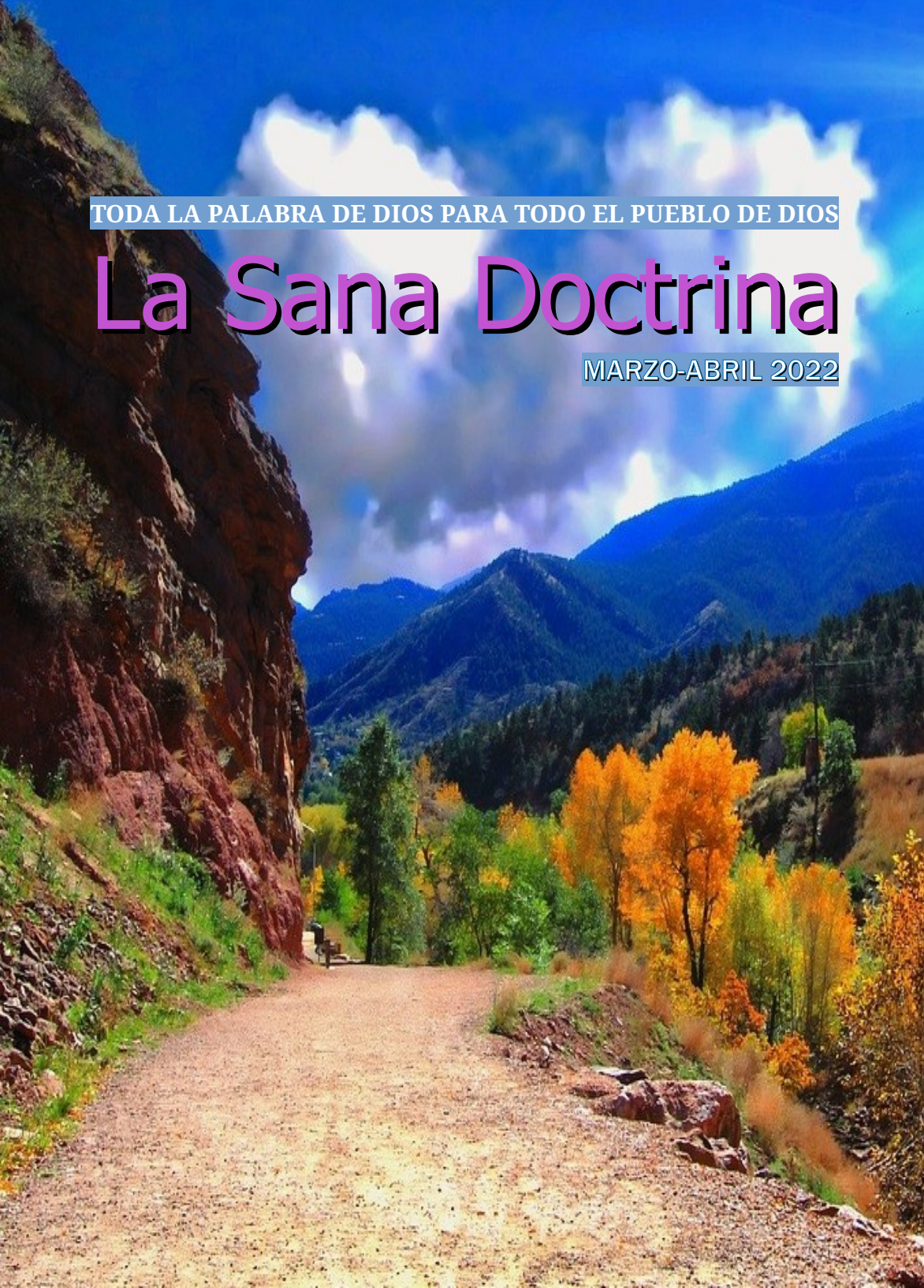




TODA LA PALABRA DE DIOS PARA TODO EL PUEBLO DE DIOS

La Sana Doctrina

MARZO-ABRIL 2022



La Sana Doctrina

Revista bimestral identificada con asambleas congregadas
en el Nombre del Señor Jesucristo en Venezuela



Año 61 N° 378
Marzo-Abril 2022

Redactores:

Guillermo Williams

(Fundador: 1958-61)

Santiago Saword (1961-76)

Santiago Walmsley (1976-93)

Andrew Turkington

Teléfono: +58 424 4149856

E-mail: andrewturkington@gmail.com

"La Sana Doctrina" es una revista digital Cristiana para la edificación, exhortación y consolación de creyentes en el Señor Jesucristo. Se publica por hermanos congregados en el Nombre del Señor Jesucristo en asambleas Bíblicas en Venezuela. No es la voz oficial de ninguna organización o iglesia, sino un medio para difundir lo que la Biblia enseña. Será de interés para los que verdaderamente aman al Señor Jesucristo y desean someterse en todo a la autoridad suprema de la Palabra de Dios.

Esta revista es enteramente gratuita y puede ser difundida libremente, con tal que no sea con fines de lucro. Ninguno de los contribuyentes percibe remuneración alguna. Animamos a los ancianos de asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo promover entre los creyentes la lectura de la revista. Los artículos pueden ser reproducidos en otras publicaciones con la condición de que no se altere en modo alguno su contenido y se indique su procedencia (Tomado de: "La Sana Doctrina") y autor.

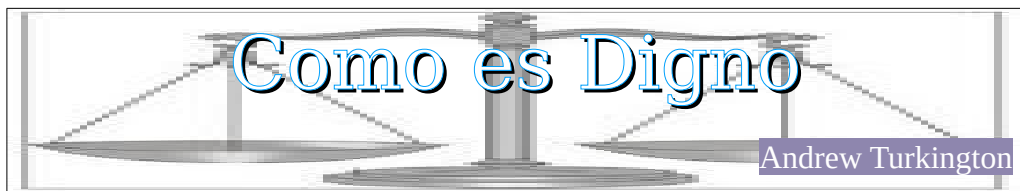
Contenido

Artículos

- 3 Como es Digno
Andrew Turkington
- 6 Bienaventurados (10)
Gelson Villegas
- 8 El Tribunal de Cristo (6)
Andrew Turkington
- 11 Vestiduras del Creyente (2)
E. L. Moore
- 15 Matrimonios (2)
Zebedeo y Salomé
David Gilliland
- 19 In Memoriam: Allan Turkington
John Turkington
- 22 Pescadores de Hombres
Allan Turkington

Página Evangelística

- 24 Yo... ¿Un Pecador?
(Basado en el testimonio de Allan Turkington)



Es muy interesante el trasfondo de la palabra griega traducida: “como es digno” en el Nuevo Testamento. Se deriva de la idea de una balanza de dos platillos. Hay un peso estándar colocado de un lado de la balanza, y en el otro lado se va añadiendo un material hasta que los platillos se igualan. En ese momento el peso añadido “es digno” del peso estándar. Significa “del mismo peso”, “correspondiente”, “adecuado”, “apropiado”.

Cuando pensamos en nuestra conducta o actuación como creyentes, debemos compararlo, no con lo que otros hacen, sino con el ‘peso estándar’, para ver si “es digno”.

Digno de Dios

“Os encargábamos que anduvieseis como el digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria” (1 Ts 2:12).

Los tesalonicenses no conocían a Dios, pero el evangelio había llegado a ellos no en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre. Se habían convertido de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero. Los que sirven a los ídolos pueden comportarse de cualquiera manera. Esos dioses ni ven, ni oyen si saben. “Semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos” (Sal 115:8). Pero es otra cosa servir al Dios vivo y verdadero.

En un lado de la balanza está todo lo que caracteriza a nuestro Dios: santidad, justicia, pureza, etc. La conducta de los que servimos a ese Dios debe tener un peso tal que corresponda a todo lo que Dios es. La conducta liviana que manifiestan muchos que profesan conocer a Dios no es digno de Él.

Los tesalonicenses ya habían visto lo que significa andar como es digno de Dios en la vida de los apóstoles. “Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprehensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes”. Su conducta entre los tesalonicenses era todo lo que se esperaba de personas que estaban representando a Dios. De modo que tenían la base moral para encargar a los creyentes que anduviesen como es digno de Dios.

Ese Dios a quien nos hemos convertido nos ha llamado a Su reino y gloria. ¿Cómo debe ser la vida de personas que han sido llamados por Dios a ese futuro tan glorioso? “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprehensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5:23).

Digno del Señor

“Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra” (Col 1:10).

En esta carta el apóstol presenta a los colosenses las glorias del Señor Jesucristo, como la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. “En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”. “Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia... para que en todo tenga la preeminencia”. Ese es el peso estándar colocado en un lado de la balanza: la suprema dignidad de Cristo. En el otro lado de la balanza está el andar de los colosenses, es decir su conducta diaria. ¿Se iguala la balanza? ¿Hay una correspondencia entre las dos cosas? Pablo no cesa de orar por ellos, para que anden como es digno del Señor.

Para que puedan andar como es digno del Señor, Pablo primeramente pide en oración que sean llenos del conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Para que nuestro andar tenga ese peso, es necesario que entendamos el gran propósito que Dios tiene para con Su Hijo. Él va a encabezar todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, y nosotros estamos incluídos en ese propósito, porque la iglesia es el cuerpo de Cristo. Conociendo esa voluntad de Dios dará peso a nuestro andar, y nos ayudará mantener una conducta apropiada en armonía con el privilegio de estar incluidos en ese gran propósito de Dios.

El Señor no se agradó a Sí mismo. Más bien estuvo dispuesto a sufrir la cruz por amor a nosotros. Él bien merece que nosotros le agradeamos en todo. “Jesús es digno del amor de los que redimió. Es digno de una vida fiel de celo y devoción”. Cuando llevamos fruto en toda buena obra, estamos andando como es

digno del Señor. Él nos ha puesto para que llevemos fruto, y unidos a Él como el pámpano a la vid, recibimos todo el sustento necesario para llevar fruto, más fruto, mucho fruto y fruto que permanece (Jn 15:1-17).

Digno de la vocación

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Ef 4:1).

En los tres primeros capítulos de Efesios, el apóstol nos ha hecho ver la dignidad de nuestra vocación. Hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, escogidos en Él antes de la fundación del mundo, predestinados para ser adoptados hijos suyos, aceptos en el Amado en quien tenemos redención por Su sangre, sellados con el Espíritu Santo de la promesa, para mencionar algunos aspectos de ese llamamiento. Además, habiendo sido pecadores de los gentiles, ahora somos conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús.

Esa vocación tan elevada es el peso estándar de un lado de la balanza. Nuestro andar, es decir, nuestro comportamiento diario es lo que debemos colocar en el otro platillo a ver si su peso corresponde al de nuestro supremo llamamiento.

En los últimos tres capítulos de Efesios, Pablo describe ese andar que es digno de la vocación con que fuimos llamados. Es un andar muy diferente de los otros gentiles que andan en la vanidad de

su mente. Es un andar en amor, como también Cristo nos amó. Es un andar como hijos de luz, comprobando lo que es agradable al Señor. Es un andar, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo.

Andar como es digno de la vocación con que fuimos llamados afecta toda área de nuestras vidas: congregacional, personal, terrenal, fraternal, conyugal, familiar y laboral. No hay ningún departamento de nuestras vidas excluido de esta responsabilidad. Cada aspecto de nuestra vida debe aportar peso a la balanza para que iguale el estándar de esa vocación celestial.

Hay muchas cosas que quitan peso de nuestras vidas y no nos permiten llegar a ese nivel de dignidad que corresponde a nuestra vocación. Desechando la mentira; el que hurtaba, no hurte más; ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca; quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia; pero fornicación y toda inmundicia o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos, ni palabras deshonestas, ni necesidades, ni truhanerías, que no convienen.

Digno del evangelio

“Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo... firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (Fil 1:27).

¡Qué dignidad hay en el evangelio! Es el evangelio de Dios, el evangelio de Cristo, el evangelio de nuestra salvación, el evangelio de la gracia de Dios, el evangelio de la paz, el evangelio del reino y el evangelio eterno. Ese fue el mensaje a

alcanzó a los filipenses, a Lidia y su familia, a la muchacha endemoniada, al carcelero y a su familia. Desde el primer día ellos habían manifestado su comunión en el evangelio: la hospitalidad de Lidia, la mesa puesta por el carcelero. La ofrenda que enviaron al apóstol Pablo demostró que en la defensa y confirmación del evangelio todos ellos eran participantes con el apóstol de la gracia. Cuánto se alegraría oír del progreso del evangelio aun en todo el pretorio.

Esa palabra fiel y digna de ser recibida por todos es el peso estándar en un lado de la balanza. Al poner del otro lado nuestro comportamiento, ¿se igualan los platillos de la balanza?

La asamblea de Filipos (sin duda por la gran ayuda de Lucas, que se quedó allí cuando Pablo tuvo que marcharse), era una asamblea ejemplar en muchos sentidos. No leemos de divisiones abiertas, faltas graves, pleitos públicos, mala conducta en la Cena del Señor, uso indebido de los dones, ni falsa doctrina como en la asamblea de Corinto. Pero estaba asomando la cabeza una falta de verdadera comunión los unos con los otros. Ese comportamiento no era digno del evangelio de Cristo. El apóstol anhela oír noticias de que están firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio.

Para que el platillo de la balanza corresponda a la dignidad del evangelio, el apóstol nos indica claramente cómo debe ser nuestro comportamiento. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. Haced todo sin murmuraciones y contien-

das. Todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos..sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa. Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor. ¡Cuán indigno del evangelio nos comportamos a veces!

¿Estoy andando como es digno de

Dios? ¿Digno del Señor? ¿Digno de la vocación? ¿Digno del evangelio? ¿Mi vida tiene ese peso espiritual que corresponde a todo lo que representa Dios, el Señor, la vocación, el evangelio? ¿O me comporto de una manera tan liviana que el platillo de la balanza ni se mueve?



La bienaventuranza de los que sufren por su identificación con Cristo:

“Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo” (Mt 5:11)

El mundo que despreció, persiguió y mató al Cristo no puede hacer otra cosa que vituperar, perseguir y aún matar a quienes se identifican con Él, con Su bendita persona, Su perfecta obra sacrificial y Su preciosa doctrina. Tocante a esto tenemos un ejemplo histórico en el Antiguo Testamento: Los hombres que llegaron a la cueva de Adulam para identificarse con David el perseguido y reconocer su señorío, de ahí en adelante no serían más israelitas comunes y corrientes. Como Saúl odiaba y perseguía a David, ellos correrían, pues, la misma suerte que su líder. Igualmente, nosotros

hemos de salir “fuera del campamento, llevando su vituperio” (He 13:13).

Necesario es acotar que el Señor no dice: “cuando por **mi culpa** os vituperen”, pues Él de nada es culpable y de todo es inocente. Siempre, en todos los casos y en todas las épocas, todo lo que los enemigos del Cristo quieran decir en Su contra, lo harán “**mintiendo**”, mentiras por las cuales darán cuenta a Dios y en lo cual el resultado será condenatorio. De igual manera, la bienaventuranza para nosotros no está en el hecho de ser vituperados, sino de serlo “**mintiendo**”. En este sentido, el mundo malo no sabe cuánta bendición está atrayendo sobre nosotros cuando dice mal contra los santos mintiendo. Así, podemos decirle a Dios como David: “Maldigan ellos, pero bendice tú; levántense, mas sean avergonzados, y regocíjese tu siervo” (Sal 109:28).

En soportar tal vituperio y persecución hay un doble gozo, primero el gozo aquí “de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch 5:41), y el “Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos” (Mt 5:12).

Pedro apóstol agrega otro elemento a esta bienaventuranza, pues él dice que “Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 P 4:14). Indudablemente el Espíritu Santo reside en todo verdadero creyente, pero esta verdad general no es lo que el apóstol tiene en mente aquí. Antes bien el contexto impone entender que en el severo tiempo de afrenta y persecución, el creyente goza del auxilio del Santo Espíritu de una manera especial. Experimentarlo es, realmente, una maravillosa bendición.

La bienaventuranza del que hace según aprende de su Maestro y Señor

“Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicierdes” (Jn 13:17)

En el cenáculo, el Señor “se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Jn 13:4,5), siendo este un ejemplo y aspecto puntual de cómo el Salvador “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo” (Fil 2:7). Una vez que el Señor ha efectuado el oficio de un esclavo, vuelve a la mesa y les dice: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, voso-

tros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (v. 15) Es, pues, en este contexto que el Señor emite esta bienaventuranza, donde el hacer es el resultado del saber y del querer hacer las cosas. El momento, el escenario, la ocasión han sido memorables, ya que el más grande de los maestros ha dado una lección magistral a los suyos y es imposible no haberla aprendido.

Haber sido instruidos en el bien hacer nos compromete ante Dios, pero no nos obliga, pues la obediencia es voluntaria. Pero la desobediencia, a la par que es rebelión a la instrucción, conlleva la pérdida de la bendición de Dios. Además, recordemos que tal pérdida no es la única consecuencia para el desobediente, pues, también: “... al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado” (Stg 4:17).

Bienaventuranza de quienes, por conocer los tiempos y las sazones, se ahorran sufrimientos e inconvenientes

“Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron” (Lc 23:29).

Las palabras del presente texto forman parte del mensaje del Señor a algunas mujeres, quienes lloraban y hacían lamentación por Él mientras iba hacia el Calvario, y refiriéndose probablemente a los días angustiosos de la no tan lejana toma de Jerusalén, por las tropas romanas bajo el mando del general Tito, tal como

es pronunciada por el Señor en medio de muchas lágrimas en Lc 19:41-44. En Mt 24 el Señor profetiza un evento más lejano y más terrible —el tiempo de la gran tribulación— durante el cual la maternidad y la crianza de hijos no serán realidades propicias (v. 19).

También el apóstol Pablo se expresa en tales términos (1 Co 7:26), y esto “a causa de la necesidad que apremia”. A causa de “los tiempos difíciles”, a causa de “la presente aflicción” y a causa de “la crisis actual” son algunas traducciones de versiones en lengua castellana.

En manera alguna es que el Señor Jesucristo y el apóstol sean contrarios al matrimonio y a la maternidad, sino que hay

circunstancias en la vida que dicen claramente que cosas tan legítimas como esas, no es el tiempo de hacerlas realidad. Es un llamado a la prudencia y al buen juicio, pues muchas veces —y esto aplica no sólo al matrimonio y a la maternidad— por tomar decisiones apresuradas y descontextualizadas, nuestra navegación no llega a buen puerto, aplicándose a nosotros la siguiente reprensión paulina: “Habría sido por cierto conveniente, oh varones, haberme oído, y no zarpar de Creta tan sólo para recibir este perjuicio y pérdida” (Hch 27:21).

(continuará, D.m.)



6. Criterios

Nos interesa saber antes de llegar al tribunal de Cristo qué criterios va a usar el Juez para determinar la recompensa que tendrá cada creyente. Podemos estar seguros que el Señor va a actuar según los mismos principios que nos ha dado en Su Palabra. Él no va a usar principios diferentes de los que ya ha establecido en la Biblia. De manera que no tenemos por qué sorprendernos cuando estemos en el Tribunal de Cristo. Ahora tenemos en nuestras manos las leyes de justicia

que el Juez va a usar para decidir qué recompensa otorgar a cada creyente.

Vamos a notar algunos de los principios bíblicos relacionados con la recompensa:

1. Si busco recompensa aquí, no tendré recompensa allá

El Señor enseñó que los hipócritas que hacen alarde cuando dan limosnas, para ser alabados por los hombres, ya tienen su recompensa. Si hacemos cualquier cosa solamente para ser vistos por los hombres, y así gozar de algún reco-

nocimiento aquí en la tierra, no recibiremos recompensa por esa obra en el tribunal de Cristo (Mt 6:1-18; Lc 14:14). ¿Cómo se puede comparar la alabanza de los hombres con la alabanza y recompensa que dará el Señor?

El motivo que nos mueve a servir al Señor es muy importante para Él. Nuestro corazón tan engañoso puede estar pensando que estamos sirviendo por amor al Señor, cuando realmente estamos buscando el aplauso y reconocimiento de los hombres. El Señor nos anima a ofrendar, orar y sacrificarnos en secreto, porque Él ve en lo secreto y nos recompensará delante de todos.

2. Sólo lo divino será galardonado, no lo natural

Amar a los que nos aman es muy natural; es algo que los inconversos también hacen con facilidad. Pero eso no nos traerá recompensa en el tribunal de Cristo. Amar a nuestros enemigos es algo divino –Dios nos amó siendo sus enemigos– y ese amor divino ha sido derramado en el corazón del creyente por el Espíritu Santo que nos fue dado. De modo que estamos capacitados para amar a nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen, hacer bien a los que nos aborrecen y orar por los que nos ultrajan y persiguen. De esta manera demostramos que somos hijos de nuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos. Saludar a nuestros hermanos solamente es muy natural; así lo hacen también los inconversos. Pero el Señor espera que hagamos algo más que ellos, porque so-

mos hijos de Dios. Y es esa actitud divina manifestada en nuestras vidas que será recompensada por el Señor: “será vuestro galardón grande” (Lc 6:27-36; Mt 5:44-48).

3. La cosecha será según lo que uno ha sembrado

El principio de Gál 6:7 es universal y también será aplicado en el tribunal de Cristo: “No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. Puede pasar mucho tiempo entre la siembra y la cosecha. Es posible que aquí en esta vida no veamos la cosecha de lo que hemos sembrado. Pero “no nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (v.9).

Sembrar “para su carne” resultará en pérdida de recompensa, pero sembrar “para el Espíritu” traerá galardón en el tribunal de Cristo. Practiquemos lo cantamos en el himno:

*“Vamos sembrando con vivo amor
dulces palabras de nuestro Señor;
siempre obrando con celo y con fe,
para que rica cosecha nos dé”.*

4. A mayor privilegio y conocimiento, mayor responsabilidad

Es un privilegio conocer la voluntad del Señor, pero trae también una gran responsabilidad. “Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco” (Lc 12:47). Aunque

no habrá “azotes” en el tribunal de Cristo, el principio de: “a mayor conocimiento, mayor responsabilidad” será un criterio que determinará la recompensa.

Recibir del Señor grandes bendiciones y privilegios también nos hace más responsables delante de Él por lo que hacemos con esos privilegios. “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lc 12:48). Con razón Santiago nos advierte que no debemos asumir livianamente la responsabilidad de ser maestro, porque si no cumplimos con lo que nosotros mismos enseñamos, somos más culpables delante del Señor (Stg 3:1).

5. La recompensa será proporcional al trabajo, no a los resultados

Podemos llegar a pensar que si nuestro servicio resulta en mucho fruto, nuestra recompensa será muy grande. Pero el crecimiento es algo que depende de Dios, no de nosotros. “Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento”. Lo que el Señor sí va a tomar en cuenta en el tribunal de Cristo es la labor invertida en la obra del Señor. “Cada uno recibirá su recompensa *conforme a su labor*” (1 Cor 3:7,8). Algunos han trabajado mucho en zonas muy difíciles sin ver muchos resultados. Pero no perderán la recompensa justa por todo la labor realizada.

6. La recompensa para servicio desinteresado será mayor que para servicio tipo “contrato”

Pedro preguntó al Señor, “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” (Mt 19:27). A veces podemos hacer como un “contrato” con el Señor, ofreciendo servirle con tal que Él nos conceda nuestros deseos. Pero el Señor en la parábola de los obreros de la viña (Mt 20:1-16) explica que los que sirvieron en un contrato recibieron solamente lo que habían acordado con el padre de familia. Pero aquellos que comenzaron a trabajar de buena voluntad con solamente la promesa de recibir “lo que sea justo”, recibieron más de lo que esperaban recibir. Ojalá que nuestro servicio sea completamente desinteresado, y no pensando que el Señor nos debe algo por haberle servido. Más bien, el hecho de que Él nos recompense es por Su gracia, porque ni siquiera podríamos pagarle todo lo que Él ha hecho por nosotros. Trabajemos gozosamente, sirviendo de buena voluntad, y dejando enteramente al criterio del Señor la recompensa.

7. Recompensa igual en ciertos casos

Este principio que el Señor tomará en cuenta al dar las recompensas nos sorprende. “El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá” (Mt 10:41). Si el Señor no me ha dado la capacidad para servirle públi-

camente, pero de todo corazón doy mi apoyo a aquellos que lo hacen, recibiré una recompensa similar a la de ellos.

Cuando David volvía de la derrota de los amalecitas, algunos malos y perversos no querían compartir el botín con aquellos que estaban muy cansados para cruzar el torrente de Besor. Pero David estableció esta ley: “Conforme a la parte del que descende a la batalla, así ha de ser la parte del que queda con el bagaje; les tocará parte igual” (1 Sam 30:24).

No todos pueden salir a tiempo completo a la obra del Señor. Pero aquellos que desde su hogar y asamblea apoyan con sus oraciones y comunión práctica a los que “salieron por amor del Nombre de El sin aceptar nada de los gentiles”, “les tocará parte igual”. Agradeciendo la ofrenda que los Filipenses le enviaron, Pablo les dice: “Y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia” (Fil 1:7).

(continuará, D.m.)

Vestiduras del Creyente (2)

E. L. Moore

3) Las Vestiduras de Santidad - Col 3:5-9; 12-14

En el contexto del pasaje en Col 3, se puede detectar cuatro clases diferentes de vestiduras:

- i. Cinco vestiduras inservibles (v.5), típicas de los hijos de desobediencia. Ellas provocan la ira de Dios, y hay que desecharlas.
- ii. Seis vestiduras contaminadas (v.8,9), que están vinculadas con el viejo hombre. Además de deshonrar a la Persona de Cristo, ellas perjudican la comunión entre hermanos. Hay que dejarlas.
- iii. Siete vestiduras de santidad (v.12,13), indispensables para los hijos espirituales. Conviene ponerse-las todas a la vez.

- iv. El sobretodo de amor (v.14), que servirá para abrigar y dejar muy bien vestida el alma del creyente fiel.

Pensemos en la tercera clase de vestiduras, o prendas de virtudes. ¡Cuántas veces las hemos apreciado en el carácter de otros, mientras que las nuestras han quedado colgadas, sin provecho, en nuestro “ropero del alma”! ¿No sería mejor sacarlas y, aunque nos cueste, ponérmolas todas?. Las siete prendas, todas muy hermosas, son: entrañable misericordia (es decir, el corazón lleno de compasión), benignidad, humildad, mansedumbre, paciencia, el soportar a otros, y el perdonar a otros. Y para enfatizar la necesidad y la manera de perdonar a nuestros hermanos que nos ofenden (a sabiendas o por ignorancia), se agrega la frase “de la manera que Cristo os perdonó”. El resultado se describe más abajo en el pasaje:

”Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones” (v.15). Esta misma paz guardará el corazón (ver Fil. 4:7).

4) Las Vestiduras de Sumisión - 1 P 5:5.

Este versículo comienza con una exhortación para los jóvenes, pero lo que sigue es para todos: “sumisos unos a otros, revestíos de humildad”. ¡Qué maravilloso sería si todos manifestáramos un espíritu dócil y humilde ante Dios y su Palabra, y tierno hacia nuestro prójimo! El que es verdaderamente humilde reconocerá su valor como persona, pero a la vez juzgará toda tendencia de ser presuntuoso y de exaltarse a sí mismo. Estimaré a otros como superiores a él, y no procurará buscar lo suyo propio, sino lo de los otros (ver Fil 2:3,4).

A pesar de las circunstancias, la Palabra de Dios nos manda someternos unos a otros, “en el temor de Dios” (Ef 5:21). Primeramente figura en las instrucciones dictadas por un ángel a una sierva llamada Agar. Afligida por su ama Sarai, ella huyó. Pero el ángel del Señor la halló y mandó, “Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo su mano” (Gn 16:9). Ella obedeció la voz y Dios prometió bendición terrenal para su descendencia.

5) Las Vestiduras de Servicio - Hch 9:39, Stg 1:27

La salvación no es por obras humanas, sino por gracia divina (Ef 2:8,9). Sin embargo, siempre será acompañada de las buenas obras de la persona que cree. “Creados en Cristo para buenas obras”, escribe el mismo apóstol (Ef 2:10). Incluso, las buenas obras significan un sacrificio de ”hacer bien“, y esto le agrada a

Dios (Heb 13:16). A través de la Palabra de Dios se destacan las buenas obras como fruto de manos santas, y en particular, las buenas obras de las mujeres redimidas. La lista que sigue confirma la importancia de las obras de nuestras hermanas en Cristo:

- i. En cuidar - ver Lc 8:2 - Ciertas mujeres atendieron a las necesidades físicas de Jesús y sus discípulos
- ii. En confeccionar - ver Hch 9:36-39 - Dorcas hizo túnicas y vestidos para las viudas.
- iii. En colaborar - ver Rom 16:1,3,6 - Ciertas mujeres ayudaron en la obra del Señor en Roma
- iv. En construir - ver 2 R 4:8-11 - La sunamita, después de consultar a su marido, hizo construir un aposento para hospedar al profeta.
- v. En conducir su casa - ver Pr 31:10-31 - La mujer virtuosa demuestra su diligencia en sus actividades en torno al bienestar y buen testimonio de su hogar.

6) Las Vestiduras de Sinceridad y Sencillez, del vencedor - Ap 3:4, etc.

A través del libro de Apocalipsis las palabras ”vestiduras” y ”ropas” aparecen un total de 14 veces. En tres referencias se usan en el singular, refiriéndose a Cristo. En las restantes, estas palabras aparecen en el plural, y se refieren a los vencedores de las épocas de la Iglesia y de la Tribulación. En siete de ellas figuran las vestiduras y ropas de color blanco. A continuación se presenta una lista de las referencias que se aplican en particular a los vencedores de esta dispensación:

- i. Las vestiduras no manchadas, de sinceridad y de verdad - Ap 3:4
- ii. Las vestiduras blancas, de santidad y pureza - Ap 3:4,5
- iii. Las vestiduras blancas, de sencillez y pureza Ap 3:18
- iv. Las ropas lavadas (en la sangre del Cordero) de los redimidos - Ap 22:14.

Gracias al Señor que ahora, a fines de este siglo veinte, cuando todo el mundo está a la expectativa de grandes cambios en el orden mundial, aún podemos ser vencedores sobre esta sociedad mundana y corrupta en la cual vivimos. Ella ya tiene esclavizado al hombre inconverso, y quisiera subyugar al creyente también, si fuera posible. Su meta es quebrantar toda resistencia nuestra, a fin de que nos conformemos “a este siglo” (Rom 12:2). Por lo tanto, no debemos sorprendernos si tenemos que pasar por el “fuego de prueba”, sino gozarnos de ser “participantes de los padecimientos de Cristo” (1 P 4:12,13). Recordemos que “en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Rom 8:37).

3. Las Vestiduras de Presentación, para Eterna Glorificación

Con respecto a esta categoría, las referencias bíblicas son escasas, y por consiguiente, nuestra comprensión de estas vestiduras es muy limitada. Queremos sugerir dos clases de vestiduras de presentación, que nos serán dadas en la

presencia de Cristo en los lugares celestiales, y que serán de duración eterna.

1) La Vestidura de Satisfacción - 2 Cor 5:1-4

Nuestra morada terrestre, el cuerpo mortal; es el “tabernáculo” (tienda), o habitación temporal, del nuevo hombre en Cristo. Pero esta “tienda” terrenal será deshecha, por medio de la descomposición después de la muerte. En la resurrección, el alma será revestida de la “casa” permanente un cuerpo glorioso eterno. Hace casi cuatro milenios, Job expresó la misma confianza al escribir: “y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (Job 19:26). Mientras tanto, el alma redimida del creyente vivo, morando dentro de su cuerpo pecaminoso, sigue gimiendo, deseando ser revestida de su habitación celestial y eterna; es decir, el cuerpo transformado. Entonces estaremos con el Señor en todo sentido - espíritu, alma y cuerpo glorificado.

El pasaje citado (2 Cor 5:1-4) nos muestra que Pablo cuando escribió a los Corintios en 57 DC, deseaba ser trasladado directamente a los lugares celestiales, sin pasar por la muerte, para que su alma no quedara desnuda al morir el cuerpo. Años después, en el periodo de su encarcelación, él se dio cuenta de que la voluntad del Señor era que partiera para estar con Cristo vía la muerte por martirio (ver Fil 1:20-24, 2 Tim 4:6). En vista del pronto retorno del Señor Jesucristo para los suyos, es razonable pensar que la mayoría de los santos vivos ahora podremos esperar nuestro traslado vía el arrebatamiento, aunque mientras

esperamos aquel evento las almas de algunos seguirán partiendo de esta vida via la muerte del cuerpo mortal. Sea como sea, pronto seremos revestidos, y lo mortal será absorbido en todo sentido por la vida eternal. Así se cumplirá la palabra escrita: “Sorbida es la muerte en victoria” (1 Cor 15:54). Será motivo de una satisfacción inmensa e indescriptible despertarnos a la semejanza del Hijo y verle tal como Él es (ver Sal 17:15, 1 Jn 3:2).

2) *Las Vestiduras de la Esposa (o Novia) - Sal 45:9-14, Ap 19:7-8*

El Salmo 45, uno de los 16 salmos mesiánicos, revela un cuadro magnífico del Rey glorioso y su Esposa y Novia real, la Iglesia. Algunos expositores tratan de limitar el significado de esta salmo a la reunión futura del Mesías con el pueblo de Israel redimido y restaurado. Ciertamente hay aspectos terrenales en algunos versículos, pero a nuestro parecer el panorama principal se despliega en los lugares celestiales, con la celebración de aquel evento cumbre, llamado las Bodas del Cordero en Ap 19:7,9. En este contexto queremos examinar las vestiduras de la Esposa celestial, conocida anteriormente en el cuadro terrenal como la Iglesia. En el Salmo 45 ella es identificada por medio de dos términos: 1) la Reina, o Esposa real (v.9); y 2) la Hija del Rey, o Novia real (v.13). Ella es Reina, o Esposa real, siendo consorte (o compañera) del Rey legítimo, sin poder ejercer autoridad o potestad real por derecho propio. Como Novia real, ella está próxima a contraer matrimonio con el Rey, en el con texto del salmo.

Cómo se describen sus vestiduras? En la Septuaginta, Sal 45:9 se lee así --“Estaba la reina a tu diestra con vestidura de oro labrado, revestida de diversos colores”. ¿Qué cosa representa ese vestido de oro labrado? El oro de Ofir, el mejor y más refinado, provenía de Ofir, el antiguo reino de Sabá (o Yemen). Es figura de nuestra justicia adquirida, la que nos fue impartida por Dios. El “brocado de oro” (Sal. 45:13) es el resultado del martillo y el fuego, y así es figura del sufrimiento por el cual ha pasado la Iglesia en su edificación terrenal a través de los siglos. Los “vestidos bordados” (v.14) sugieren una vida de servicio útil al Señor, “puntada tras puntada” por así decirlo. Esto nos lleva a pensar en la vestidura de la Novia real en Ap 19:8 - “el lino fino es las acciones justas de los santos” - refiriéndose sin duda a las acciones y buenas obras realizadas aquí en la tierra, por la gracia de Dios y para su gloria. ¡Qué contraste entre estas acciones justas y las supuestas justicias del hombre natural no redimido! (ver Is 64:6). Las acciones y obras que componen la vestidura de lino fino, habiendo pasado por la “prueba de fuego” (ver 1 Cor 3:13) en el Tribunal de Cristo, brillarán con resplandor por haber sido halladas “justas”. Es muy solemne pensar que en esta vida estamos tejiendo una de las vestiduras que luciremos eternamente. Quiera Dios que nuestra fe, e incluso todo nuestro ser, “sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 P 1:7).

Matrimonios (2)

Zebedeo y Salomé

David Gilliland

Una de las razones por qué tengo ejercicio en este tema, es porque hay un tremendo ataque contra la vida en familia. Así ha sido desde la caída, pero cuánto más en el tiempo presente. Hay cuatro áreas especialmente en que la familia está bajo ataque: 1) Por el capitalismo – el padre y la madre tienen que estar trabajando. 2) Por la educación – niños son quitados de sus padres durante horas cada semana, y en las escuelas están siendo enseñados valores directamente opuestos a los valores que aprenderían en un hogar cristiano. 3) Por el liberalismo – hasta de parte del gobierno, apoyando uniones anti-bíblicas, permitiendo a parejas sodomitas adoptar niños y hasta llamando eso una familia, cuando según la Biblia es una guarida de iniquidad. 4) Por la tecnología – niños y padres pegados en una computadora o teléfono inteligente. Lo que parece ser un buen instrumento de comunicación ha llegado a ser un asesino de la comunicación – la gente no se habla.

No estoy diciendo que no se debe trabajar, o ir a la escuela, o tener computadoras o teléfonos. Pero todas estas cosas están atacando la vida familiar, y por tanto, necesitamos esforzarnos más para edificar y unir la familia. La familia es el bloque fundamental de la civilización, y está desintegrándose, de tal manera que muchas familias no saben lo que es comer juntos en una mesa. ¿Qué puede mantener unida una familia? No hay nada que puede y debe mantener unida una familia como el Cristianis-

mo. Es solamente una devoción al Señor que tendrá la fuerza para resistir estas influencias que están socavando la base de la familia.

En el Nuevo Testamento podemos ver que el Señor pone su sello de aprobación sobre la vida en familia. En el artículo anterior fue una familia anciana, ahora es una familia más joven. Comparando las referencias en Mateo, Marcos y Juan, vemos a un matrimonio llamados Zebedeo y Salomé, y esta mujer fue hermana de María la madre del Señor. Esta pareja tuvo dos muchachos que llegaron a ser apóstoles del Señor. Jacobo fue el primero de los apóstoles para morir (Hch 12) y Juan fue el último. Pienso que cuando Zebedeo y Salomé tuvieron los dos muchachos, nunca se imaginaron la trayectoria para Dios que iban a vivir. Apreciados padres creyentes, uno nunca sabe el potencial y la utilidad que puede haber en niños criados para el Señor.

El nombre Salomé es muy hermoso; es la forma femenina de Salomón, y en verdad hubo cierta dignidad en esta mujer. Parecía tener interés en asuntos del reino. Hubo otra Salomé que no se menciona por nombre en los evangelios, la hija de Herodías. Esta muchacha fue la exponente de todo lo que no debe haber en una mujer: falta de modestia, sensualidad, obscenidad, danzando delante de Herodes de una manera tal que despertó todas las bajas pasiones de la carne. Ninguna hermana quisiera ser como esa Salomé, sino mostrar, como la

esposa de Zebedeo, todas las virtudes que una mujer Cristiana sí debe tener.

1. Salomé y su esposo

Zebedeo era un hombre próspero: tenía una empresa pesquera, barcos, jornaleros y socios (Pedro y Andrés); y tenía dos hijos que le estaban siguiendo en el negocio. Además de tener su negocio en Galilea, eran bien conocidos en Jerusalén (Jn 18:15), donde tal vez vendían su producción. Todo marchaba bien económicamente, hasta que un día escucharon la predicación de Juan el Bautista, que tuvo un impacto sobre esta pareja y sus dos hijos. Un día se presentó en la playa una Persona que llamó a los dos hijos: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres”. El Señor conquistó sus corazones y dejaron a su padre y la barca para seguir a Cristo y predicar el evangelio. ¿Qué diría Salomé esa noche cuando Zebedeo llegó a casa con la noticia de que los dos muchachos había dejado el negocio? Sin duda ella diría: “Bueno, no podrían seguir a una Persona más digna; ese es mi Señor, y si eso es lo que tiene para mis hijos, está bien”. Hay algo más importante en la vida que los negocios, que los planes nuestros; es el Plan de Él. Ellos no dejaron todo para seguir al Señor porque estaban aburridos de la pesca o porque los botaron del trabajo. Ellos respondieron a un llamado más elevado y sus padres les dejaron ir. Nunca se oye de los labios de Zebedeo y menos aun de Salomé una queja por los cambios que el Señor trajo a la familia y al negocio.

Salomé siempre se llama “la madre de los hijos de Zebedeo”; se destaca por su maternidad, no por ser esposa de Zebedeo. Ella era la persona a quien se le confió la crianza de dos muchachos que llegaron a ser tan ilustres apóstoles. Hoy en día el

papel de madre ha sido marginado, como algo secundario, considerando que hay cosas más profesionales que hacer en la vida. Todos quieren tener títulos. A una señora se le negó la renovación de la licencia porque al llenar los datos en la planilla no había la opción de colocar “madre” como su ocupación. Ella regresó después y al preguntarle cuál era su ocupación, respondió: “Investigadora asociada de desarrollo infantil y relaciones humanas”. ¡Inmediatamente le dieron la licencia! Pero la Biblia no menosprecia el título de “Madre”. Salomé se llama “la madre de los hijos de Zebedeo”, y queda registrado para siempre que esta mujer crió a dos muchachos para Dios. Animamos a las madres continuar con su noble labor para Dios.

Casi no se menciona a Zebedeo en el resto del evangelio. No objetó que sus hijos siguieran al Señor, pero parece ser que ella era la que siempre estaba con ellos y con el Señor. Hay mujeres que al criar una familia para la honra del Señor, tienen que hacerlo prácticamente solas. Puede ser que no tengan un esposo que les impide, pero tampoco les apoya. Permanece neutro, sin comprometerse, sin esforzarse. Salomé tuvo un esposo que al menos dejó ir a los muchachos, pero ella no solamente dejó a sus muchachos seguir al Señor; ella también le siguió.

2. Salomé y sus muchachos

No quiero ser muy negativo en cuanto a esto, pero un día ella tuvo una entrevista con el Señor y pensó dar un empujón a sus hijos. Le damos crédito por creer que el Señor iba a reinar, y que iba a tener un trono con posiciones de prestigio a cada lado. Pero ella pide que el Señor les dé las posiciones más altas a sus muchachos. Siento que casi no puedo criticarla por

esto; la mayoría de las madres quisieran que sus hijos tuvieran una buena posición. Y no se puede criticar que ella quería para ellos posiciones cercanas al Señor. ¿Puede haber una ambición más alta que esta? Pero a la misma vez, ¿no era un poco dominante e insistente? El mismo Señor hizo diferencia entre los discípulos, porque de entre los doce Él a veces escogió a tres para estar en un círculo más íntimo con Él. Los dos muchachos de Salomé estaban en ese círculo de intimidad, y subieron al monte de la transfiguración con Él y entraron en la casa de Jairo, pero ella quiere darles un empujón adicional. ¿Pero qué de Pedro? Ella quería que sus hijos tuvieran una posición mayor que la de Pedro. Cuando se trata de posiciones en las cosas de Dios, tenemos que cuidarnos de favoritismo de familia, y de empujar ciertas personas hacia una posición porque tienen un vínculo familiar. El Señor le hace ver a Salomé que las altas posiciones en Su reino no se piden sino que se ganan. El Señor tendría el lugar más elevado porque Él iba a pasar por un camino de sufrimiento, siendo bautizado y bebiendo la copa. Si los hijos de ella iban a estar al lado del Señor tendrían que ser bautizados con el mismo bautismo y beber la misma copa. Cuando ellos respondieron que sí podían, nunca se imaginaron lo que estaban negociando. Jacobo iba a morir como mártir y Juan como exiliado en la isla de Patmos. Pero el Señor aclara que no será por favoritismo de familia. Jacobo y Juan no tendrán esa posición porque su mamá les empujó; solamente si lo ganan por medio de sacrificio espiritual. Tenemos mucho que aprender aquí. Las posiciones en la asamblea todavía se ganan, no por la familia a quien perteneces sino por sacrificio espiritual.

¿Eso era el fin de Salomé? ¿Ella se fue ofendida porque el Señor no le concedió su

petición? ¿Decidió no volver más porque no se hizo como ella quería? Me encanta ver que al seguir la historia ella todavía está allí, con el mismo entusiasmo, gozo, sacrificio y apoyo al Señor. A veces nos enfurruñamos porque no nos dan lo que queremos. No debemos permitir que las desilusiones de la vida nos amarguen. No debemos dejar de trabajar porque no se está haciendo como yo lo quería.

3. Salomé y su hermana María

Ahora vemos a Salomé junto a la cruz de Jesús, en uno de los pasajes más tiernos de la Biblia. Juan dice que estaba la madre de Jesús (él no dice que era su tía), la hermana de su madre, es decir, Salomé, y dos mujeres más. Cuatro mujeres que se pararon firmes, cuando los discípulos han desaparecido. Uno podría argumentar que era más peligroso para los hombres estar allí. Pero, sea como sea, éstas mujeres estaban allí cuando no era nada fácil. Era fácil pararse con Él cuando estaba haciendo milagros y siendo alabado por las multitudes. Pero ahora ha sido rechazado, el mundo se volvió en su contra, está colgado en una cruz. Estoy seguro que Salomé sería una gran ayuda para María. ¿Dónde estaban los otros hijos de María – Simón, José? Su mejor hermano está colgando en una cruz y le han dado las espaldas. María con su corazón quebrantado al pie de la cruz, tiene a su lado su hermana Salomé para apoyarla. ¡Qué gran ayuda y consuelo para María!

Juan también está presente con su propia madre Salomé y su tía María. El Señor le dijo a Juan: He ahí tu madre, pero no se estaba refiriendo a Salomé, sino a María. De modo que cuando Juan se retira de la cruz tiene dos madres: su propia madre, Salomé, y María, a quien el Señor le encomendó cuidar. Juan no resiente esta carga

adicional, sino que inmediatamente obedeció y llevó a María a su casa. No siempre es fácil cuidar de familiares. Querido(a) hermano(a), tal vez el Señor te ha encargado el cuidado de algún familiar anciano. Podrías pensar que si no tuvieras esa carga podrías trabajar para el Señor, y estar en todos los cultos y hacer mucho en la asamblea. Oiga, hermano(a), cuidando ese familiar es tu servicio Cristiano, es lo que el Señor te ha encomendado. Salomé podría haberse sentido marginada, porque siendo ella la madre de Juan, ahora Juan tiene el compromiso de cuidar de María. Pero Salomé sin duda ya ha aprendido que en las cosas del Señor realmente no cuentan los vínculos familiares, y acepta esta nueva relación.

Así es la vida real. Cuando Zebedeo y Salomé se casaron y le nacieron los dos niños, no se imaginaban las vueltas que iba a dar su vida, para estar un día Salomé junto a la cruz del Mesías. Siendo solamente una familia pescadora de Galilea, nunca se imaginarían que uno de sus muchachos escribiría cinco libros del Nuevo Testamento, y el otro daría su vida por Cristo.

4. Salomé y su Señor

Una de las cosas que se nos dice de esta mujer es que siguió a Cristo, además de sus dos hijos. Es una evidencia de la generosidad de Zebedeo que no impidió a su esposa formar parte de aquel noble grupo de mujeres que siguieron al Señor y le servían con sus bienes. Salomé tenía bienes provenientes del buen negocio de la pesca. De aldea en aldea ella siguió al Señor, dando lo mejor que tenía al Señor. Uno pensaría que fue suficiente dejar ir a sus dos hijos. Pero ella también le siguió, considerando que el Señor no solamente era digno

de la energía de sus dos hijos jóvenes sino que también puso sus bienes a la orden del Señor. ¡Qué bueno ver hermanas en la asamblea dando lo mejor al Señor!

Cuando el Señor estaba sufriendo en la cruz ella estaba de pie (Jn 19:25, Gr) tal vez por seis horas. Cuando llevaron su cuerpo a descansar en el sepulcro, ella estaba sentada mirando todo. Eso se llama devoción, dedicación. El Señor significaba tanto para ella, que le siguió en Galilea, le siguió de Galilea a Jerusalén (como 110 km), le siguió desde el Gólgota – nunca le dejó, como le dejaron los apóstoles. Esta mujer que estaba tan cerca de Él aun en su muerte, fue una de las que fueron a preparar especias aromáticas. Aun en Su muerte le quiso dar lo mejor.

Aquellas cuatro mujeres que estaban junto a la cruz representan el testimonio Cristiano femenino a través de los siglos. Había una viuda: María la madre del Señor; había una madre: Salomé; había una esposa: María mujer de Cleofas; y había una soltera: María Magdalena. En la ausencia de todos los hombres a excepción de Juan, había cuatro mujeres que representan el fiel testimonio a Cristo. A veces se piensa que lo importante lo están haciendo los predicadores, misioneros, ancianos, etc. Querida hermana, tome ánimo, ya seas viuda, o madre, o esposa o soltera, permanezca firme en tu puesto, cumpliendo tu rol para Dios, y lo que haces será tomado en cuenta y plenamente galardonado por el cielo en aquel día.

Zebedeo, Salomé y sus dos muchachos –¡qué historia familiar! Por haber conocido a Cristo, esa historia familiar llegó a ser más emocionante de lo que se podía imaginar.

(a continuar, D.m.)

In Memoriam

Allan Norman Turkington Saword



24 de Marzo 1962 - 18 de Marzo 2022

En lo que requiere diligencia, no perezoso;
ferviente en espíritu, sirviendo al Señor.

Romanos 12:11

El 18 de marzo de 2022 nos sorprendió escuchar del llamado a la casa celestial de nuestro querido hermano Allan, justo antes de cumplir 60 años. Estos sesenta años estuvieron llenos al máximo, y como decía su hermano menor, “Pocos podían hacer en 120 años lo que él hizo en 60”. Colosenses 3:23 describe bien su forma de servicio: “Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres.”

Allan nació en Portadown, Irlanda del Norte, cuando sus padres, Joe y Ruth Turkington, estaban allí de visita en

1962. La familia regresó a Venezuela, donde estuvo inmerso en la vida misionera con todos sus privilegios y experiencias. Era el quinto hijo de siete varones, así que junto con la educación en el hogar y las reuniones nocturnas, la vida era muy ocupada. Allan siempre aspiraba obtener las mejores calificaciones en la escuela y eligió la ingeniería civil debido a su ejercicio de construir locales Evangélicos, construyendo el primero a los 18 años con la ayuda de los hermanos locales.

Era un líder con el ejemplo, siempre el primero en empezar a trabajar y el último en parar. Incluso el sacerdote católico expresó su asombro por la armonía visible entre los trabajadores. Aprovechó las frecuentes huelgas universitarias y utilizó el tiempo para necesidades prácticas en el trabajo, como perfeccionar un diseño para

bancos apilables que se usan para la predicación del evangelio. Encontró un autobús viejo en un depósito de chatarra y lo restauró para las clases Bíblicas, que todavía está en uso hoy en día.

El Señor le permitió construir doce Locales Evangélicos y varias casas para creyentes en extrema necesidad. Desde la elaboración de los planos hasta batir el cemento, siempre luchó por la excelencia. Puso en práctica su tesis de ingeniero civil al construir un Local Evangélico con techo arqueado con capacidad para 3000 personas para conferencias.

Allan fue salvó a los 11 años durante una serie de reuniones celebradas por su padre y su abuelo, don Santiago Saword. Su mayor problema fue aceptar que era un pecador que merecía un castigo en el infierno como todos los demás. A través de 1 Juan 1:10, se dio cuenta de que con su actitud estaba haciendo mentiroso a Dios, y así, reconociendo su pecado, confió en el Señor para salvación. A los 17 años fue bautizado y recibido como miembro de la asamblea.

La primera vez que se le pidió predicar, el reloj se detuvo diez minutos después de que él comenzó y, sin darse cuenta, habló durante cuarenta minutos. ¡Evidentemente no se quedó sin palabras!

En 1992, Allan se casó con Sandra Elliott de Pugwash, Canadá, quien resultó ser su ayuda idónea ideal. Su primer hogar fue en San Carlos, donde fue un apreciado maestro y anciano en la asamblea. En 1994, después de mucho ejercicio y oración, fueron encomendados a la obra del Señor y se trasladaron a Barrancas, en el Estado Barinas, donde había una pequeña asamblea. Al ver avivamiento en esta asamblea, Allan continuó trabajando en los pueblos y ciudades vecinas, y después de 25 años de trabajar con los hermanos locales, vio cinco asambleas plantadas.

El Señor bendijo a Allan y Sandra con cinco hijas y dos hijos. En los últimos años la familia creció a 20 cuando el Señor les dirigió en su ejercicio y amor por los niños a abrir su hogar y acoger a algunos que vivían en condiciones deplorables. Con las escuelas públi-

cas cerradas debido a la crisis económica, se sintieron impulsados a abrir una escuela primaria en su propiedad, incluyendo a más de 20 niños vecinos de circunstancias similares.

Además, al ver a muchos creyentes que sufrían por la falta de sus medicamentos urgentes, como insulina y anti-convulsivos, su esfera de servicio se amplió para incluir la distribución de ayuda médica. Con el inicio de la pandemia de Covid, este trabajo aumentó aún más, con el apoyo del Venezuela Relief Fund (VRF) con sede en Battle Creek, Michigan.

Allan parecía tener una fuente inagotable de energía, que utilizó sin reservas, tanto física como espiritualmente, para promover el evangelio. Había reuniones las siete noches de la semana, incluso cuando se construían los Locales durante el día. Su ministerio práctico y de exaltación de Cristo fue muy apreciado por todos. Era un apasionado ganador de almas, nunca se rendía ante alguien que se negaba a aceptar su invitación a una reunión. Sus dos visitas a Cuba dejaron resultados para la eternidad. También era un pacificador entre los hermanos y amaba visitar a los desanimados.

La importancia del trabajo de los niños y de poner a los pequeños bajo el son del evangelio era muy alta en la estimación de Allan, y no perdió la oportunidad de sembrar la semilla. Destacó la importancia de ponerse a su altura y captar su atención. Una hora antes de fallecer, cantó “Cristo me ama” por video-llamada a sus dos pequeñas nietas.

Pensando en la vida tan ocupada de Allan, ciertamente se pueden repetir las palabras que dijo el Sr. Albert McShane en el funeral de su padre (don José Turkington): “No había un hueso perezoso en su cuerpo”. Cuando se le animó a reducir la velocidad un poco para no tener otro infarto, dijo: “Prefiero quemarme que oxidarme”.

Allan estuvo muchas veces al borde de la muerte (como Pablo, 2 Cor 11:23). En innumerables ocasiones estuvo muy cerca de un accidente, además de encuentros con hombres armados. Tuvo su primer infarto a los 47 años, y varios meses después, al caer del techo de un Local Evangélico, se destrozó un lado del cráneo. Un neurocirujano ateo expresó que este milagro andante le hizo creer que había un Dios. Se alejó de un camión en llamas que estaba usando para la construcción de un Local Evangélico segundos antes de que explotara. Entonces, cuando el Señor de repente lo llamó a Su presencia, la familia sintió paz entendiendo que era el tiempo de Dios. Lo había librado en todas las demás ocasiones, pero esta vez le dijo: “Entra en el gozo de tu Señor”.

La gran cantidad de personas que asistieron a su velorio y funeral fue evidencia de cuánto fue apreciado por todos. Un grupo de inconversos alquiló un autobús para venir desde más de una hora de distancia para estar presente en el velorio, donde se predicó fielmente el evangelio. En el funeral en San Carlos estuvieron presentes más de 700. La familia agradece las numerosas muestras de apoyo recibidas.

Su viuda Sandra, su familia, sus hermanos y todos los creyentes que lo cono-

cieron extrañarán mucho a Allan. Como comentó un predicador venezolano: “Se nos ha ido un gigante, un soldado incansable, dejando un enorme vacío en la obra de Venezuela”. Qué satisfacción saber que esa sonrisa única que siempre disfrutamos es aún mayor en la tierra donde Dios enjugará toda lágrima. “Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor... descansarán de sus trabajos; porque sus obras con ellos siguen.” (Apocalipsis 14:13).

John Turkington

Por la fe (por más pequeña)

Por la fe (por más pequeña)
Puesta en el Salvador,
Tengo yo la vida eterna,
Y a Su nombre doy loor.

*Coro: Es por fe, sí por fe
Que yo tengo salvación.
Es por fe, yo lo sé,
Pues lo dice el Salvador*

Navegando a mi destino
Hacia el puerto celestial,
En mi capitán divino
No podrá mi fe fallar.

Un escudo y coraza
Son la armas de mi fe;
La batalla me espera,
Mas en Cristo confiaré.

Allan Turkington
Música: HyC 157

Pescadores de Hombres

Allan Turkington

Esta expresión impresionaría a aquellos dos veteranos pescadores del mar de Galilea más que a cualquier otro. No se podría encontrar una descripción más gráfica que ésta, para la mente de Pedro y Andrés, de la nueva misión a la cual estaban siendo invitados. Si la profesión de pescador requería destreza, paciencia, dedicación y abnegación en el ámbito literal, ¡cuánto mayor no sería el requerimiento en la esfera espiritual! Se podría quizás pensar en ciertas similitudes, pero estas se tornarían más bien en contrastes al evaluar tan solo la diferencia entre peces y hombres. Ser *un pescador de hombres* representa la misión más elevada que se puede concebir, y describe la labor que debe realizar cada hermano y hermana que ayuda en la obra entre los niños. Estos niños y jóvenes son los hombres de mañana y esta es la etapa más propicia para rescatarlos del terrible fin que les espera si siguen la corriente de este mundo. Vamos a notar primeramente la *invitación* del Señor: “Venid en pos de mí”; luego la *capacitación* que otorga el Señor: “os haré”; y por último la *misión* descrita por el Señor: “pescadores de hombres”.

La Invitación – “Venid en pos de mí”

Es importante recordar que esta invitación fue precedida por los sucesos de Juan capítulo 1. Allí Andrés y luego Pe-

dro llegaron a conocer al Señor de una forma personal y a ser contados entre aquellos que le recibieron. Esta invitación del Señor es solamente para los que son hijos de Dios. Los que no son salvos no pueden ser pescadores del hombre para el Señor.

Además, la invitación implica que esta es una misión voluntaria. El Señor no está reclutando; Él está buscando pescadores bien dispuestos, que trabajen de buena voluntad. La respuesta aquel día fue inmediata; no hubo vacilación ni claudicación: “Dejando al instante las redes, le siguieron”.

Notemos que la invitación implica también una misión bien dirigida. Él dice: “Venid en *pos de mí*”. No hay ambigüedad ni confusión. Es a Él a quien tenemos que seguir y Él guiará la misión hasta su perfecta conclusión.

¿Cuántos hay que responderán como Pedro y Andrés a esta invitación? Los campos están blancos para la siega. Hay lugar donde quiera que uno mira para nuevos maestros y ayudantes en la obra entre los niños.

La Capacitación – “os haré”

Esto representa en realidad una promesa. “Todas las promesas de Dios son el él sí, y en él amén” (2 Co 1:20). Si aceptamos sencillamente la invitación, Él cumplirá su promesa, y estamos seguros

que Él no solamente lo hará, sino que lo hará bien. ¡Quién como Él para conocer los requisitos indispensables para cumplir con esta misión, y quién como Él para capacitar el instrumento de acuerdo a estos requisitos! El apóstol Pablo, uno de los pescadores de hombres de más renombre señala sin vacilar la fuente de su capacitación. Él dice: “Nuestra competencia proviene de Dios”, y también dice que “Dios es el que en vosotros produce el querer como el hacer, por su buena voluntad” (2 Co 3:5; Fil 2:13).

La Misión – “pescadores de hombres”

Esta ya no era una misión con fines comerciales y ganancias temporales, sino enteramente espiritual con repercusiones eternas. Una ilustración ayudará a captar esta situación. El río Jordán, después de una larga trayectoria por la tierra prometida, desemboca en el Mar Muerto. Este mar se llama así porque no tiene salida y sus aguas están sumamente concentradas de sal. Cualquier pez que sigue la corriente del río Jordán y entra en el Mar Muerto se muere. La comparación es evidente: los niños y jóvenes en nuestras Escuelas Bíblicas están “siguiendo la corriente de este mundo” (Ef 2:2), que conduce a la perdición. El Proverbista exclama en pocas palabras lo que es nuestra misión: “Libra a los que son llevados a la muerte” (Pr. 24:11). No hay un momento más que perder. Respondamos como aquellos pescadores, que dejando al instante las redes siguieron a Jesús en esta importantísima misión.

De: “El Semillero de la Asamblea”, Enero 1993

Yo... ¿un pecador?

(viene de la última página)

temblar oír que la venida del Señor estaba cerca, y él sabía que se quedaría atrás. Otra cosa que le llenaba de temor era que Dios había dicho: “No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre” (Gn 6:3). Él sabía que, si Dios no le volvía a llamar, seguiría su vida indiferente hasta perder su alma.

Aquella noche inolvidable, cuando al fin descubrió que era un pecador, la luz amaneció en el corazón de Allan, y él pudo entender por primera vez: “Cristo murió *por mí*”. Pudo aplicar personalmente la gran verdad de Isaías 53:5: Él herido fue por *mis* rebeliones, molido por *mis* pecados; el castigo de *mi* paz fue sobre Él, y por Su llaga fui *yo* curado. Aceptó al Señor Jesucristo como su Salvador personal, y fue salvo.

Inmediatamente se despertó en Allan el gran deseo de ver a otros salvados. Fue bautizado a los 17 años de edad y pronto comenzó a predicar el glorioso evangelio del Dios bendito. Después de casarse dedicó su vida a llevar el evangelio a muchas ciudades, pueblos y campos. Nunca menguó su amor por las almas hasta que el Señor lo llevó a Su presencia pocos días antes de cumplir 60 años.

Y tú, apreciado lector, ¿eres un pecador? Si no quieres admitirlo, te excluyes a ti mismo de la salvación, porque “Cristo Jesús vino al mundo para salvar *a los pecadores*.” (1 Tim 1:15).

(Basado en el testimonio de Allan Turkington)

Yo... ¿un pecador?



Allan, un niño de once años, hijo de padres Cristianos, le encantaba ver tantas personas en el culto, oyendo la predicación del evangelio. “Eso es lo que necesitan”, pensaba él, “son pecadores y necesitan la salvación”. Pero no se le ocurría que él también era un pecador necesitando la salvación. Todos los días en su casa tenían una lectura familiar de la Biblia. Sus padres no le permitían jugar con los niños de la calle con sus grocerías y mala conducta. Siendo su padre un misionero predicador del evangelio, Allan asistía casi cada noche del año a un culto. Era como aquel pueblo a quién Dios le dijo: “Volveos a Mí”, y ellos respondieron: “¿En qué hemos de volvernos?” (Mal 3:7). Allan no podía creer que él era un pecador.

Pero el Espíritu Santo de Dios comenzó a trabajar en la conciencia de Allan. En esa lista de personas que tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azu-

fre que es la muerte segunda, están todos los mentirosos (Ap 20:8). Él no era homicida, ni fornicario, ni hechicero, ni adúltero, pero sabía muy adentro en su corazón que había dicho mentiras.

Una noche después del culto no podía dormir pensando en el destino eterno de su alma. Buscó la Biblia, leyó varios tratados, pero no podía entender cómo ser salvo. El problema era que, muy adentro en su corazón, no quería reconocer la verdad de que era un pecador perdido. Al fin el versículo: “Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso” (1 Jn 1:10), fue suficiente para dejarle convencido que él también era un pecador, porque Dios lo dice en Su Palabra. Y si era un pecador, iba camino al infierno.

Muchas veces había oído hablar del amor de Dios para con el mundo. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Jn 3:16). Allan veía aquel pobre hombre sentado en el culto y se gozaba que Dios había amado a aquel hombre. Pero no había entendido que Dios le había amado a él personalmente. Como aquel pueblo antiguo, cuando Dios les dijo: “Yo os he amado”, ellos respondieron, ingratos: “¿En qué nos amaste?” (Mal 1:2).

Dios llamaba a Allan no solamente por medio de la predicación del evangelio. En ocasiones había llegado muy cerca de la muerte, como aquella vez que por poco se ahogó en un canal de riego. Dios le estaba llamando, pero él estaba endureciendo su corazón. Allan sabía que si hubiera muerto sin salvación, estaría perdido para siempre. También le hacía